



CRONICA LITERARIA

Yo no sé si anduve acertada ó desacertada en ensalzar el mérito de la novela *Pequeñeces*: ¡quién tan arrogante que responda del propio acierto! Lo que sé á punto fijo es que la novela continúa sobre el tapete, discutida, no sólo por la tropa ligera de la prensa, sino por lo más granado de esa clase que llaman *intelliguentia* los rusos. El ilustre periodista (también hay periodistas ilustres) señor Mañé y Flaquer, tercia en la discusión ahora mismo, haciendo, no la crítica de *Pequeñeces*, sino la crítica de sus críticos. Todo evidencia más y más la importancia del libro, dato que se registrará tal vez como el más curioso de la historia literaria.

Para completar este dato, voy á consignar algunos, referentes á la venta de tan combatida obra. La tercera edición de *Pequeñeces* (siete mil ejemplares) se vendió antes de terminarse; ni siquiera llegó á verse en librerías; desapareció de ellas por arte de birlibirloque, como desaparecen butacas y palcos de un teatro en noche de interesante estreno, arrebatados por los revendedores: y ya está despachada también, antes de salir de las prensas, la edición cuarta, que ha principiado á fatigar las prensas, y constará de diez mil. En la actualidad traducen la obra del Padre Coloma en París, en Berlín y en Londres.

Á raíz de la gran algarada que promovió *Pequeñeces*, susurraban que su autor se proponía escribir otra novela remachando el clavo de la primera, novela que había de titularse *Grandezas bizantinas*. Ignoro la procedencia de la grilla, pero grilla resultó al fin y al cabo. El Padre no pensó jamás en escribir novela con tan alto, sonoro y significativo

título. Hoy por hoy tampoco no escribe novela alguna. Á ratos, y según lo permite su quebrantada salud, ocúpase en ordenar apuntes y documentos para trazar la curiosa biografía de una gran señora santa, una Jorbalán del siglo pasado, doña María Pignatelli, duquesa de Villahermosa, mujer de gran carácter y extraordinarias virtudes. Terminado este trabajo que casi podemos llamar de hagiografía, y que demostrará—si demostración requiriese el punto—que no existe incompatibilidad fundamental entre ser autor de vidas de bienaventurados y serlo de novelas á la moderna, se dedicará el Padre á una especie de historieta ó *nouvelle* que ha de titularse *El diputadito*; y terminada ésta, le tocará la vez á una novela larga, donde, si no he interpretado mal el pensamiento del autor, jugará la más delicada y grave de las cuestiones contemporáneas, cuestión á que la Iglesia consagra hoy atención preferentísima: y supongo que el novelista jesuíta pondrá en acción aquella lógica y terrible

frase que coloca monseñor Mermillo en labios de los socialistas: «¿Nos habéis quitado el cielo? ¡Pues la tierra queremos!» Por cierto que esta frase del obispo de Ginebra me recuerda otra análoga del mismo autor, quien, al ser expulsado por orden del gobierno suizo del territorio donde encontraban asilo y seguridad las escorias de la Commune, exclamó: «Veo que el Consejo federal teme más al agua bendita que al petróleo.»

El tercer tomo de *Angel Guerra* no ha salido á luz hasta dos ó tres días antes de escribir yo esta crónica. Por eso—con mucho sentimiento mío—el estudio sobre el último libro del maestro no puede figurar en este tomo, que mi viaje á Galicia me obliga á cerrar antes que de costumbre, á fin de que no se retrase. En el número de Agosto indemnizaré al público de esta involuntaria omisión. Por hoy, sólo diré que *La Vanguardia* de Barcelona y *El Correo* de Madrid han publicado un capítulo de *Angel Guerra* con buenas ilustraciones de Pellicer. *Angel Gue-*

rra es novela sumamente *ilustrable*, en especial los dos volúmenes que pasan en Toledo, y aun la primera parte del primero, lo que llamaremos el episodio de la cuartelada.

Del libro de la duquesa de Alba, al cual dedico en otra parte un juicio corto, se ha charlado mucho estos días. No sucede todos los años que una Duquesa, tan guapa y bizarra se determine á publicar un volumen de serio valor histórico. Logró además el libro suscitar ó refrescar una cuestión que, si no me engaño, dará mucho juego y dejará tras de sí un rastro fecundo: la afirmación de una idea de justicia que, de puro justa y radical, tardó en abrirse paso, pero mientras la afrentaban los aspavientos de los *moutons de Panurge*, iba radicando firmemente en los mejores cerebros. Prueba de que no debemos nunca ser pesimistas, ni dudar de la fuerza apodíctica con que las verdades se imponen.

Me refiero á la cuestión académica, que el libro de la gentil é ilustrada señora

renovó. Fué la primer chispa de la hoguera un artículo del Sr. Pérez de Guzmán, publicado en *La Época* del domingo 7 de Junio, y donde se hablaba de las candidaturas femeniles para las Academias, indicando que la señora Arenal tiene señalado puesto en la de Ciencias políticas y morales, y la Duquesa de Alba en la de la Historia. Inmediatamente, *El Heraldo de Madrid* apoyó el dictamen, publicando una carta del Sr. Altamira dirigida á mí, y donde se catalogan los méritos y servicios que hacen á doña Concepción Arenal tan acreedora á ese puesto; y para tomar el pulso á la opinión de las personas respetables y entendidas, abrió un juicio público. Á la hora en que escribo han dado voto favorable los Sres. Campillo, Lastres, Salillas y Vidart. Cada uno de estos votos merece por algún concepto especial mención. El de Campillo se distingue por su irrefutable lógica, sencillez y claridad. El de Lastres por su precisión jurídica. El de Salillas reviste importancia por venir del eminente vul-

garizador de las ciencias antropológicas, ciencias cuyo sentido es cada vez más favorable al reconocimiento de igual capacidad intelectual en los dos sexos. El de Vidart lleva la sanción de una larga y laboriosa carrera de escritor, á quien deben muchos servicios la historia de nuestra filosofía y de nuestra literatura militar. Pero estos votos son una gota de agua en el Océano: pueden seguirles cientos de pareceres favorables, una mayoría compacta que diga *sí* declarando que debe «darse al mérito lo que es del mérito y no del sexo», como decía la Avellaneda.

Á veces los juicios públicos quedan desmedrados, porque hay personas que se retraen temiendo aparecer entrometidas, oficiosas ó amigas de exhibirse: sin embargo, en las conversaciones particulares no es difícil comprobar el camino que lleva una idea agitada por primera vez con motivo del hallazgo de unas cartas de Gertrudis Avellaneda, trasconejadas en un mueble de baratillo. Y cuenta

que yo rehuyo siempre preguntar á nadie su parecer en esta cuestión: sólo la noche en que abrió *El Heraldo* su juicio, pregunté á los señores reunidos en una tertulia de verdadera confianza, y entre los cuales había profesores tan competentes como el Sr. Apraiz, y literatos tan respetables como el Sr. Lasso de la Vega. Estaban todos acordes, del modo más franco y explícito, á favor de las candidaturas femeninas. Uno dijo con gracia: «La que es capaz de escribir un libro, bien puede escribir una papeleta».

Repito que estas sorpresas de la conservación son consoladoras. No hace muchos días me decía el virtuoso Obispo de Madrid-Alcalá: «Verdaderamente las mujeres debieran tomar alguna parte en la formación de las leyes, puesto que se las obliga á acatarlas». Archivé las palabras, que me parecieron salidas de la boca de oro de San Juan Crisóstomo, y si las publico es porque sé que son un timbre honroso para quien las pronunció.

Con la misma diligencia é igual propó-

sito archivo declaraciones de los varones calificados y contestes en que, de seguir Academias (en este último punto no todos andan acordes), no hay razón para que sea excluida de ellas la mujer. Y en mi archivo figuran legajos de Castelar, Echegaray, Pérez Galdós, Castro y Serrano, Campoamor, el Marqués de Valmar, Cos-Gayón, Jove y Hevia, Francisco Giner de los Ríos, el Duque de Rivas, el Padre Fidel Fita, y otros infinitos que no recuerdo ahora, aunque no me costaría gran esfuerzo de mnemotecnía recordarlos. Adviértase que no hablo de opiniones *pedidas*, sino espontáneamente *dadas*. Y como de sabios es mudar de parecer, si alguno quiere desdecirse, lo resto, y en paz, aplicando una divisa famosa en Avila, que dice: «Donde una puerta se cierra, ciento se abren». Tampoco anoto las frases que, influidas por galantería que estimo mucho, pero que aquí no nos sirve de nada, tienen carácter personal, y, admitiendo al *individuo*, excluyen á la *especie*.

Creo que con la campaña de *El Heraldo* se puede cerrar la sección de noticias literarias del mes, á no ser que consignemos la buena acogida que hace el público á *Dulce y sabrosa*, y la vuelta de Vico—en sazón bien poco oportuna—á la escena madrileña. Veremos si el invierno es favorable á nuestro maltrecho teatro, y si da de sí dos ó tres obras de la importancia por lo menos de *Un crítico incipiente*, que, á no dudarlo,—ahora se ve más claramente que cuando se estrenó,—ha sido el éxito de la temporada.





ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS

CIENCIAS.

- Religión é irreligión*, por Mons. Bougaud.
—Traducido por E. Villelga Rodríguez.—
Tomo v.—Barcelona, 1891.
Vocabular einzelner Ausdrücke und Redensarten, por el profesor Blumentritt.—Folleto.

VIAJES.

- Burgos á vuela pluma*, por Anselmo Salvá.
—Un tomo.—Burgos, 1889.
Mis recuerdos de Italia, por Víctor Balaguer.
—Un tomo.—Barcelona, 1890.

HISTORIA.

- Documentos escogidos del Archivo de la Casa de Alba*, por la Duquesa de Alba.—Un tomo.—Madrid, 1891.
Observaciones sobre las « Páginas del Ecuador » de la señora Marieta de Veintemilla.—Anónimo.—Folleto.—Quito, 1891.
Historia de la Revolución constituyente, por Pedro Pablo Figueroa.—Un tomo.—Santiago de Chile, 1891.
Colón y la Rábida, por Fr. José Coll.—Un tomo.—Madrid, 1891.

POESÍA.

- La casa solariega*, por Manuel Pérez Díaz.
—Folleto.—Puebla, 1891.
- Lo romiatge del ànima*, por Víctor Balaguer.
—Folleto.—Barcelona, 1891.
- Poetas*, por Víctor Balaguer.—Un tomo.—
Villanueva y Geltrú, 1889.
- Sonetos populares*, por José de Siles.—Folle-
to.—Madrid, 1891.
- Poemas vulgares*, por Emilio Ferrari.—Fo-
llete.—Madrid, 1891.
- Íntimas*, por Arturo Reyes.—Folleto.—Ma-
drid, 1891.
- Esperanzas y recuerdos*, por Blanca de los
Ríos.—Madrid, 1881.

NOVELA.

- Furstin Eboli*, por Hans Parlow.—Un tomo.
—Berlín, 1891.
- Novelas*, por Víctor Balaguer.—Dos tomos.
—Barcelona, 1891.
- Ángel Guerra*, por B. Pérez Galdós.—
Tomo III.—Madrid, 1891.
- La caída de un Ángel*, por José Ferrel.—
Un tomo.—Méjico, 1890.



NUEVO TEATRO CRÍTICO

OBRAS DE LA AUTORA

NOVELAS

PASCUAL LÓPEZ, 3.^a edición, un vol.
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.^a edición, un vol.
LA TRIBUNA, un vol.
LA DAMA JOVEN, un vol. (Edición ilustrada.)
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.
LOS PAZOS DE ULLOA, dos vol.
LA MADRE NATURALEZA, dos vol.
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)
UNA CRISTIANA, un vol.
LA PRUEBA, un vol.

CRÍTICA É HISTORIA

SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), segunda edición, dos vol.
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, tres vol.
DE MI TIERRA (Galicia), un vol.
LA CUESTIÓN PALPITANTE (agotada), un vol.
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA, opúsculo.
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol.
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO, opúsculo.

VIAJES

MI ROMERÍA, un vol.
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

POESÍAS

JAIME (poema), un vol.

EN PRENSA

LA PIEDRA ANGULAR, novela.

NUEVO TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

AÑO I.

AGOSTO, 1891.

NÚM. 8.º

SUMARIO

- I.—POR EL ARTE. (CONTINUACIÓN.)
- II.—ANGEL GUERRA.
- III.—EL ESTUDIO DE GALDÓS EN MADRID.
- IV.—JUICIOS CORTOS: LA NOVELA EN LA LÍRICA.—BLANCA DE LOS RÍOS.
- V.—ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS.

MADRID
LA ESPAÑA EDITORIAL

Oficinas: Mendizábal, 34.

APARTADO DE CORREOS, NÚM. 144.